

se hacen y se interpretan por gentes sin arraigo, sin moralidad y sin... contingencia. Es preciso, pues, llevar al Parlamento hombres de recta voluntad, de posición; hombres verdaderamente... ¿cómo lo diré más claro?... hombres, en fin... contingentes; que no vayan allí á hacer su propio negocio, sino la felicidad de los pueblos... Ahora bien; para que un hombre de estas condiciones eche sobre sí carga tan pesada, no basta la abnegación más patriótica; se necesita también el concurso de los demás hombres que como él piensan. Yo, señor don Jeromo, no he tenido inconveniente en sacrificar al bien de mi país la tranquilidad de mi hogar, y hasta el lucro de mis negocios particulares; pero será estéril mi abnegación, si los hombres influyentes, de arraigo, de convicciones sólidas y saludables, de contingencia, en fin, como usted, me niegan su apoyo en estos instantes supremos.—He dicho.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritó á coro su estado mayor.

—¡Ya, ya!—gruñó por cuarta vez el tabernero, sacando una mano del bolsillo para rascarse el cogote sin quitarse el sombrero.

—¡Esto es hablar como un libro, don Jeromo!—exclamó Lépero.—¡Que vaya este hombre á las Cortes; que vayan muchos como él, y España se pone camisa limpia!

—¡Ya, ya!... Pero...—murmuró Cuarterola.

—Pero... qué, ¡hombre de Dios! ¿Acabará usted de romper á hablar?—le dijo Lépero ya exasperado.

—Vamos á ver qué tiene que objetar el bueno de don Jeromo,—añadió don Simón afablemente.

—Pues digo—repuso el tabernero perezosamente y con voz aguardentosa,—que todo lo que usted dice está muy bien dicho...

—En tal caso...

—Sólo que—continuó don Zambombo,—es lo mismo que me han dicho todos los candidatos que me han pedido el voto.

—Sin embargo...—replicó don Simón algo resentido.

—Y luégo que han sido diputados—concluyó Cuarterola,—si te he visto no me acuerdo.

—Pues precisamente porque eso que usted dice es cierto, los hombres de mi carácter y de mi posición nos lanzamos esta vez á la lucha, resueltos á que sea una verdad el sistema representativo.

—¡Ya, ya!—volvió á gruñir Cuarterola.

—Conque, amigo don Jeromo—saltó aquí don Celso, persuadido de que toda preparación era ociosa con aquel bárbaro;—estamos al cabo de la calle y nos hemos entendido. Me consta que á usted, de buena ó de mala gana, le si-

guen á las urnas todo el vecindario y algunos votantes más.

—¡Ya, ya!...

—Díganos usted cuántas candidaturas impresas necesita para que se las enviemos oportunamente; y no se hable más del asunto.

—¡Ya, ya!...

—Y, antes que se me olvide: ¿cómo va el pleito?

—¿El pleito?... ¡Ya, ya!

—¿Está en segunda instancia?

—¡Ya, ya!... Ya va para tiempo.

—Pues, ¿en qué consiste la parada?

—Á la vista está... Soy pobre, no tengo arri-  
mos...

—¡Y me habían asegurado á mí que se le había ofrecido á usted la absolucíon libre, á cambio de sus votos para el candidato del Gobierno!...

—¡Ya, ya!... Ofrecer, bien ofrecen; pero...

—¿Pero qué?

—Que quiero yo cobrar adelantado, y ellos no quieren pagar hasta el día siguiente.

—Justo, para dejarle á usted en blanco, después de haberlos servido... ¡Si anda ahora una pillería!...—concluyó Lépero, fingiendo cierta indignación, como si quisiera conmover al tábenero.

—Y ¿qué pleito esese?—preguntó don Simón.

—¡Una verdadera infamia!—le respondió Lépero guiñándole el ojo.—Un *supuesto* contrabando, por el cual han formado causa á este pobre hombre, y le están arruinando miserablemente.

—¡Eso digo yo!—suspiró don Zambombo, bamboleando de un hombro á otro su monstruosa cabeza.

—Pues, amigo mío—dijo don Celso,—jamás hallará usted mejor ocasión que ésta para salir airoso en su empeño. Cabalmente tiene usted delante al mejor amigo del regente de la Audiencia.

Al oír esto, don Zambombo abrió los ojos cuanto se lo permitía la carne de los párpados, y clavó la mirada en don Simón.

Éste se quedó como quien ve visiones. Y no era extraño.

—Pero, don Celso—dijo, sin poderse contener:—¿cómo es eso?...

—En efecto—repuso Lépero atajándolo;—no es el mismo regente á quien usted conoce, sino á la persona que más le domina.

—Repáre usted, don Celso...

—Nada, nada, amigo don Jeromo—continuó Lépero desentendiéndose de los escrúpulos del candidato...—Y advierta usted que esto no va como favor ni mucho menos. Es usted un amigo á quien aprecio muchos años hace, y

esto nos basta al señor don Simón y á mí para prestarle de buena gana este ligerísimo servicio. Conque traiga usted papel y tintero, que vamos á escribir una carta que puede ser la fortuna de usted.

Como nada perdía en ello el tabernero, movióse perezosamente para complacer á don Celso.

Entre tanto, dijo á éste don Simón:

—Tiene usted que poner dos letras á aquella persona que saludó á su amigo de usted tres meses hace, y que es pariente de la cuñada de un amigo del regente.

—¡Pero don Celso!...

—¡Pero don Simón!...

—¡Si ni siquiera sé cómo se llama!

—¡Diablo!

—¡Ni dónde reside!

—¡Demonio!... Pero no importa. Antes al contrario, es mejor así.

—¿Cómo que no importa?

—Lo dicho. Escriba usted á Juan Pérez ó á Luis Fernández, y háblele como si realmente existiera.

—¡Don Celso!... Y ¿he de firmar yo una su-perchería semejante?

—Y ¿por qué no? Sobre que la carta no ha de salir de la administración adonde vaya á parar... ¡Pregunte usted en Madrid ó en Bar-

celona por un Juan Pérez, sin más señas! El asunto es engatusar á este bodoque.

—¡Pero eso es indigno de una persona seria como yo!

—¡Ay, ay, ay!—exclamó con sorna don Celso.—¿Esas tenemos? ¿Con escrúpulos de monja nos venimos? Pues cuente usted desde ahora con que le han de ocurrir en el distrito doscientos lances por el estilo; y si usted está resuelto á hacerles ascos á todos, ya puede volverse á su casa en la seguridad de no sentarse en los bancos del Congreso.

—La verdad es que ser diputado á ese precio...

—¿Pues á qué precio cree usted que son diputados los demás?

Terciaron en la porfía, auxiliando á don Celso, sus cinco camaradas; y al cabo lograron reducir á don Simón, en el instante en que ponía Cuarterola sobre la mesa un tintero de cuerno con pluma de ave, y medio pliego de papel con lamparones de aceite.

Entregóselo todo á don Simón que, á regañadientes, tuvo que escribir lo que sigue, dictado muy recio por don Celso, no tanto para que lo oyera bien Cuarterola, cuanto para llenar una exigencia del candidato, que de este modo creía echar menor responsabilidad sobre su conciencia.

«Señor don Pedro Gutiérrez.

Madrid.

Mi queridísimo amigo y pariente; como sé que también lo eres del señor regente de la Audiencia de este territorio, y que es raro el paso que da en el cumplimiento de sus altos deberes sin oír tu dictamen, espero que le recomiendes con todo empeño la pronta y favorable resolución del pleito que pende ante aquélla, contra don Jeromo Cuarterola, de esta vecindad, y persona de todo mi aprecio, sobre un supuesto contrabando.

Te anticipo las gracias, y espero que esta vez, como otras muchas, valga, en cuanto deseo, la recomendación de tu afectísimo amigo y pariente,

SIMÓN DE LOS PEÑASCALES.»

—¡Esto es infame!—dijo don Simón por lo bajo, al cerrar la carta.

—Pero muy conveniente,—le contestó don Celso echando polvos en el sobrescrito.

En seguida se la puso en la mano al tabernero, que se quedó mirándola, como distraído, y dándole vueltas.

—Repito—le dijo don Celso un tanto quemado con aquella actitud,—que esta carta no es un favor que queremos vender á usted... La

hemos escrito porque... porque nos ha dado la gana; y nosotros somos así.

—¡Ya, ya!... *Pero...*

—Pero ¿qué?...

—Que sin sello no correrá... me parece á mí.

—Verdad es—dijo don Celso riéndose.—Me olvidaba de que esto es también estanco donde se venden los sellos de franqueo. Traiga usted uno por nuestra cuenta.

Obedeció Cuarterola. Volvió con el sello; pególe á la carta Lépero, y al devolvérsela al tabernero, le dijo:

—Ahora, veamos cuánto se le debe á usted por todo.

Quedóse el botarga mordiendo la carta por un pico y murmurando:

—Dos del papel, y cuatro y medio del sello... siete... siete... y por la tinta... Por la tinta, nada. Y luégo, el vino: dos azumbres á siete...

Pero enredándose en estos líos muchas veces, fué al mostrador; llenóle con la tiza de números como la palma de la mano; los borró dos veces con saliva y la manga del chaquetón; escribiólos de nuevo, y al fin volvió á la mesa diciendo en seco:

—Tres pesetas, con la *estaca*.

La estaca era, lector, el estar los caballos amarrados afuera, aunque sin haber roído un

mal grano, ni haber hecho un céntimo de gasto ni de desperfecto.

Echó don Simón un duro sobre la mesa.

—Quédese usted con la vuelta,—dijo don Celso, que mandaba hasta en los deseos del candidato.

Guardó el avaro la moneda; pero no dijo una palabra.

—Conque, en resumen, don Jeromo—concluyó Lépero, poniéndose de pie, en lo que le imitaron los demás de la partida:—quedamos en que, en igualdad de circunstancias, preferirá usted nuestra candidatura á las otras dos, y en que probablemente la votará usted con toda su gente.

—¡Ya, ya!—respondió con su muletilla de costumbre el tabernaro.

—¡Si usted tuviera la bondad de ser un poco más franco!—se atrevió á decirle don Simón.

—¡Pssée!—refunfuñó don Zambombo.—¡Como tampoco ustedes lo son!...

—¡Cómo que no?

—Es la verdad. Y si no, á verlo vamos. Yo me comprometo á votarle á usted con todos mis amigos.

—Muchas gracias, señor don Jeromo.

—Con tal de que usted se comprometa á otra cosa.

—Nada más justo, señor de Cuarterola. ¡Ve

usted cómo al cabo nos vamos entendiendo?

—Ahora lo veremos. Lo que yo quiero es que se haga, en todo este año, una carretera desde esta misma puerta al camino real, que no va muy lejos de aquí.

—Nada más justo, señor don Jeromo; y desde luego me comprometo, si llego á ser diputado, á hacer cuanto pueda por conseguirlo... y lo conseguiré, de seguro.

—¿Lo ve usted? Pues esto me van diciendo todos los diputados que me han pedido el voto de diez años á esta parte.

—¡Ya! Promesas vanas.

—Como las de usted.

—¡Hágame usted más favor, señor mío; que yo soy una persona de formalidad!

—Que el día en que sea diputado tendrá cien mil cosas en qué ocuparse, más formales que este pobre camino.

—Cuando yo doy una palabra...

—Mire usted, señor don Simón: el camino costará, según presupuesto que se ha hecho, sobre tres mil duros. Deposite usted esa cantidad donde mejor le parezca y con condición de que se ha de emplear en esa obra, y yo le doy á usted la votación de todo el ayuntamiento... y algo más.

—Eso es desconfiar de mí; y sobre todo, yo no puedo pagar tan cara mi elección.

—¿No me ha dicho usted que está seguro de que el camino se hará si yo le voto?

—Si llego á ser diputado.

—Que es lo mismo, según yo voy observando. Pues bueno. El día en que el Gobierno, ó la provincia... ó el demonio, haga el camino, recoge usted su depósito... y en paz.

—Se pensará, señor don Jeromo, se pensará,—dijo don Celso cortando aquel diálogo con el cual se iba amoscando algo el inexperto don Simón, y con el fin de no desahuciar por completo al tabernero.

—Pues aquí estoy siempre á sus órdenes—concluyó éste,—con la condición que he dicho. Si conviene, bueno; y si no, tan amigos como siempre.

—Esa es la fija; y hasta la primera,—contestó don Celso montando á caballo.

—Quede usted con Dios, *buen hombre*,—añadió el candidato, montando también, abrochándose las solapas y poniéndose los guantes, señal de que nada se prometía ya del brillo de sus alhajas, para mover el ánimo de aquel pedazo de bruto, con costras de taimado... y de sebo.

Cabalaron también los otros cinco auxiliares; y bajando callejones, y resbalando sobre lastras, y vadeando regatos, salieron á una senda que se llamaba *camino real*, por el que con-

tinuaron su marcha á obscuras; porque es de advertir que había anochecido una hora antes, y además caía una lluvia menudita que enfriaba hasta los huesos.

